

EN TORNO AL *ALTER CHRISTUS*, *IPSE CHRISTUS* DE S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ

Antonio Aranda

Como hemos tenido ocasión de señalar en otra ocasión¹, las expresiones *alter Christus* e *ipse Christus*, juntas en una sola fórmula, o bien por separado, y aportando cada una de ellas sus matices propios, son utilizadas con frecuencia en los textos de S. Josemaría Escrivá como sugerente denominación del cristiano, en cuanto configurado por el bautismo con Cristo, y elevado en Él, merced a la acción del Espíritu Santo, a la condición de hijo adoptivo del Padre. La expresión *alter Christus* contempla al cristiano que, sabiéndose llamado a un progreso perfeccionamiento en la semejanza con el Redentor, coopera consciente y libremente en dicho proceso de configuración. La denominación *ipse Christus*, peculiar de S. Josemaría, aunque con precedentes claros en la tradición, contempla al mismo cristiano pero no sólo como sujeto del proceso sino también, más propiamente, como efectivo partícipe aquí y ahora, por la fuerza del Espíritu, de la acción eficaz del Redentor. Cristo sigue así «pasando» entre los hombres con su fuerza redentora a través del cristiano, que es verdaderamente *otro Cristo, el mismo Cristo*. Era ésta una convicción profundamente grabada en el alma de S. Josemaría, bajo la impronta de los dones fundacionales recibidos, a la que su pensamiento vuelve con frecuencia. Es además una idea de gran densidad teológica².

El fiel cristiano, merced a los dones bautismales, está capacitado y llamado por Dios a ser *otro Cristo*, y a participar, bajo la guía del Espíritu Santo, de

1. Cfr. A. ARANDA, «El bullir de la sangre de Cristo». *Estudio sobre el cristocentrismo de S. Josemaría Escrivá*, Madrid 2001, 203-254.

2. Pueden encontrarse desarrollos interesantes, entre otros estudios, en: G. TANZELLA-NITTI, *Perfectus Deus, perfectus homo. Reflexiones sobre la ejemplaridad del misterio de la Encarnación del Verbo en las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá*, en «Romana» 13 (1997) 360-381. P. O'CALLAGHAN, *The Inseparability of Holiness and Apostolate. The Christian, «alter Christus, ipse Christus», in the Writings of Blessed Josemaría Escrivá*, en «Annales theologici» 16 (2002) 1, 135-164. G. PELL, *Blessed Josemaría Escrivá's Christocentrism*, en *La grandezza della vita quotidiana. Vocazione e missione del cristiano in mezzo al mondo*, Roma 2002, 141-153. J.L. ILLANES, *El cristiano «alter Christus-ipse Christus»*, en la obra del mismo autor: *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona 2003, 281-300.

la eficacia redentora del Salvador, pudiéndosele llamar entonces espiritualmente, en virtud de dicha participación, *el mismo Cristo*. Son denominaciones que tienen un significado sustantivo y no sólo accidental o adjetivo. En la doctrina del Fundador del Opus Dei, dirigida principalmente a los fieles comunes, hombres y mujeres corrientes que siguen a Cristo y pueblan la tierra, así como a los sacerdotes seculares, el significado de *alter Christus, ipse Christus* es justamente el de ser un hijo de Dios y de la Iglesia, que se esfuerza allí donde se encuentra (en el cumplimiento de su trabajo y de sus deberes ordinarios, los laicos; en el cotidiano ejercicio de su ministerio, los sacerdotes) por identificarse personalmente con Cristo y cooperar activamente en la misión salvífica de la Iglesia. Es decir, el *alter Christus, ipse Christus* es el sujeto cristiano que, sabiéndose hijo del Padre en Cristo por el Espíritu Santo, se sabe también llamado a seguir de cerca a Jesucristo en las circunstancias de cada día, identificándose con Él en la realización de la obra de la Redención. Por esa misma razón tales denominaciones son aplicadas también, y de modo particular, en los textos del Fundador al fiel cristiano en el Opus Dei, es decir, al cristiano que ha recibido de Dios una llamada personal a santificarse y a santificar el mundo según ese espíritu.

Para ahondar en la identidad teológica del *alter Christus, ipse Christus* se pueden seguir diversos caminos. Uno de ellos, que ya hemos esbozado en otro momento³, consiste en analizar las nociones de seguimiento e imitación de Cristo, así como la de identificación con Cristo en los textos de S. Josemaría. Otra vía importante, cuyo contenido vamos a trazar en estas páginas, consiste en analizar en esos mismos escritos otras nociones teológicas, estrechamente relacionadas con las anteriores e importantes como ellas: concretamente, las de «*ser cristiano*», «*cristiano corriente*», «*vida cristiana*» y «*vocación cristiana*». El significado de cada una de esas nociones por separado ilumina sólo parcialmente, es decir, sólo desde su propio contenido formal, la esencia teológica del *alter Christus, ipse Christus*. Pero analizadas en paralelo y puestas en relación, en cuanto nociones mutuamente complementarias, contribuyen a iluminar decisivamente nuestro tema. Para proceder de manera homogénea en la búsqueda de significados y ofrecer unas líneas uniformes de trabajo, iremos fijando la atención sucesivamente sobre cada una de dichas nociones, apoyándonos en algunos textos de S. Josemaría que contengan explícitamente la expresión cuyo contenido se esté analizando o que, en caso de no contenerla, la sugieran implícitamente de manera indudable.

Aunque ofrezcamos también, en los momentos oportunos, breves síntesis de resultados, es conveniente señalar que el presente trabajo tiene un carácter fundamentalmente descriptivo, pues ha sido concebido como una sencilla reseña de ideas y materiales de reflexión, agrupados y relacionados entre sí de cara a posteriores trabajos.

3. Cfr. A. ARANDA, «*El bullir de la sangre de Cristo*», o.c.

LA NOCIÓN DE «SER CRISTIANO»: ALGUNOS ELEMENTOS DESCRIPTIVOS

En la noción de «ser cristiano», conforme se encuentra en los textos de S. Josemaría, cabe distinguir diversos aspectos. Se manifiestan en ella, por una parte, los perfiles de la condición de cristiano en cuanto tal, aplicables en consecuencia a todo fiel discípulo de Cristo por el hecho de serlo. Pero al mismo tiempo e inseparablemente, la noción incluye matices y características aplicables de manera más directa a aquel cristiano que, por singular vocación divina, se esfuerza en seguir a Cristo bajo la luz y la impronta del espíritu del Opus Dei. Como es lógico, unos y otros aspectos, los más generales y los de matiz más específico, aparecen en los textos entrelazados y en indivisible unidad, pues todos pertenecen a la misma realidad teológica básica: ser cristiano, fiel seguidor de Jesucristo. Así, pues, las agrupaciones de textos que ofrecemos son puramente operativas e instrumentales, dirigidas a captar y subrayar las diferentes tonalidades que, de cara al análisis que llevamos a cabo, encierran.

a) *Ser cristiano: elementos comunes*

Los pasajes que se recogen a continuación ponen de manifiesto principalmente el dinamismo espiritual y moral de la existencia cristiana, contemplada siempre en clave cristológica. La noción de ser cristiano manifiesta, pues, en esta primera aproximación un radical dinamismo cristológico, y es formulada en términos de vocación y misión, es decir, de llamada a la acción. Estamos ante una cuestión interesante: el perfil del cristiano es, en efecto, el de alguien que por serlo se encuentra esencialmente ante un deber: el de llevar el testimonio de Cristo a la sociedad, dándolo a conocer a través del amor a todos los hombres y a la entera creación, manifestado con obras de servicio, de comprensión y convivencia, de realismo humano y sobrenatural, de sentido apostólico; es decir, a través del testimonio elocuente de la propia conducta.

«Ser cristiano no es algo accidental, es una divina realidad que se inserta en las entrañas de nuestra vida, dándonos una visión limpia y una voluntad decidida para actuar como quiere Dios. (...) en un continuo servicio prestado de modos muy diversos (...) pero siempre por amor a Dios y al prójimo»⁴.

«Ser cristiano significa recoger todas las instancias nobles que hay en lo humano»⁵.

4. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 98.

5. *Ibid.*, 52.

- «*Ser cristiano* (...) es discurrir hacia el término último y radical del amor que Jesucristo ha manifestado al morir por nosotros»⁶.
- «*El cristiano* ha de manifestarse auténtico, veraz, sincero en todas sus obras. Su conducta debe transparentar un espíritu: el de Cristo»⁷.
- «*El cristiano* debe hacer presente a Cristo entre los hombres: debe obrar de tal manera que quienes le tratan perciban el “bonus odor Christi” (cfr. 2 Cor II, 15), (...) debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo pueda descubrirse el rostro del Maestro»⁸.
- «*Lo que mueve al cristiano* es la Caridad de Dios, que se nos ha manifestado en Cristo y que nos enseña a amar a todos los hombres y a la creación entera»⁹.
- «*Éste es el cristianismo*. Si el cristiano no ama con obras, ha fracasado como cristiano, que es fracasar también como persona»¹⁰.

Ese perfil del cristiano como persona llamada y capacitada para desempeñar la precisa misión de llevar consigo, y a través de la propia existencia, un testimonio convincente de Jesucristo —o con otras palabras, de transparentar su espíritu—, se encuentra particularmente acentuado en estos otros pasajes:

- «*Ser cristiano* no es título de mera satisfacción personal: tiene nombre —sustancia— de misión»¹¹.
- «*Ser cristiano* es haber sido regenerado por Dios y enviado a los hombres, para anunciarles la salvación»¹².
- «*El cristiano* es sal y luz del mundo no porque venza o triunfe, sino porque da testimonio del amor de Dios; y no será sal, si no sirve para salar; no será luz si, con su ejemplo y con su doctrina, no ofrece un testimonio de Jesús, si pierde lo que constituye la razón de ser de su vida»¹³.
- «*Los cristianos* somos sólo instrumentos del Creador del mundo, del Redentor de todos los hombres»¹⁴.

6. *Ibid.*, 98.

7. *Id.*, *Amigos de Dios*, 141.

8. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 105.

9. *Ibid.*, 59.

10. *Ibid.*, 36.

11. *Ibid.*, 98.

12. *Ibid.*, 131.

13. *Ibid.*, 100.

14. *Ibid.*, 2.

El dinamismo cristológico del ser cristiano, antes contemplado en algunas características de la llamada, refleja en los textos recién transcritos unos perfiles aún más nítidos de misión apostólica. El mensaje espiritual de Josemaría Escrivá acentúa intensamente esta esencial determinación de la existencia cristiana: el sentido de misión apostólica en el lugar que cada uno ocupa en la sociedad. Para dar testimonio de Cristo, para transparentar su espíritu en medio de los hombres es preciso tener conciencia de haber sido enviado, de haber comprendido que el seguimiento de Cristo incluye la conciencia de ser instrumento suyo al servicio de la obra de la salvación.

b) *Ser cristiano: algunos matices específicos*

Traemos a colación ahora otros pasajes de S. Josemaría en los que la expresión de referencia (ser cristiano) y la correspondiente noción, aparecen delineadas a partir de rasgos muy característicos del espíritu del Opus Dei, como son, por ejemplo, el vivo sentido de la filiación divina, la comprensión del trabajo como realidad santificable y ámbito de santificación, la búsqueda de la santidad en la vida cotidiana, etc. Dichos elementos, que pertenecen al núcleo profundo de la existencia cristiana, resaltan con particular relieve en el mensaje espiritual de S. Josemaría, caracterizando así fuertemente el don de Dios y la respuesta personal del cristiano en el Opus Dei.

«El cristiano no puede ser superficial. Estando plenamente metido en su trabajo ordinario, entre los demás hombres, sus iguales, atareado, ocupado, en tensión, el cristiano ha de estar al mismo tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios»¹⁵.

«Todos (los cristianos), cada uno en su sitio y en su lugar en el mundo, somos hombres y mujeres elegidos por Dios para dar testimonio de Cristo y llevar a quienes nos rodean la alegría de saberse hijos de Dios, a pesar de nuestros errores y procurando luchar contra ellos. (...) Eso fueron los primeros cristianos, y eso hemos de ser los cristianos de hoy: sembradores de paz y de alegría, de la paz y de la alegría que Jesús nos ha traído»¹⁶.

«El cristiano sabe (...) que es para Dios toda la gloria; y que no puede utilizar como instrumento de intereses y de ambiciones humanas la sublimidad y la grandeza del Evangelio»¹⁷.

15. *Ibid.*, 65.

16. *Ibid.*, 30.

17. *Ibid.*, 62.

- «El cristiano *ha de tener hambre de saber (...), porque no hay tarea humana que no sea santificable, motivo para la propia santificación y ocasión para colaborar con Dios en la santificación de los que nos rodean*»¹⁸.
- «La vocación profesional es parte esencial, inseparable, de nuestra condición de cristianos. *El Señor os quiere santos en el lugar donde estáis, en el oficio que habéis elegido por los motivos que sean (...), es decir, injertados en esa corriente de Amor que define la vida de un hijo de Dios*»¹⁹.
- «Si deseas portarte como un cristiano consecuente, (...) has de poner en cada extremo en los detalles más nimios, *porque la santidad que Nuestro Señor te exige se alcanza cumpliendo con amor de Dios el trabajo, las obligaciones de cada día, que casi siempre se componen de realidades menudas*»²⁰.
- «Cristianos de veras, auténticos, canonizables; y si *(además) Dios, al fijarse en nosotros, al concedernos su gracia para que luchemos por alcanzar la santidad en medio del mundo, nos impone también la obligación del apostolado*»²¹.
- «Cada cristiano *al hacer presente a Cristo entre los hombres, siendo él mismo ipse Christus, no trata sólo de vivir una actitud de amor, sino de dar a conocer el Amor de Dios, a través de ése su amor humano. Jesús ha concebido toda su vida como una revelación de ese amor*»²².

Cualquiera que tenga cierto conocimiento del espíritu y de los rasgos configuradores del Opus Dei, advirtirá en los textos que acabamos de reseñar la idea señalada en el título: algunos matices específicos del «ser cristiano» en la enseñanza de S. Josemaría. Las ideas y los modos de expresarlos de esos pasajes nos sitúan ante ese cristiano que, por gracia de una vocación personal responsablemente asumida, desarrolla su existencia con un vivo sentido de la filiación divina y con el deseo de dar a Dios toda la gloria, siendo «*otro Cristo, el mismo Cristo*» en el lugar que cada uno ocupa en el mundo, sabiéndose llamado a ser sembrador de paz y de alegría, a santificarse en y a través del trabajo ordinario realizado con amor a Dios y a los demás, y capacitado para colaborar activa y conscientemente en la santificación de los demás. A este significado peculiar del ser cristiano volveremos al analizar las próximas nociones, contemplándolo desde otras perspectivas.

18. *Ibid.*, 10.

19. *Id.*, *Amigos de Dios*, 60.

20. *Ibid.*, 7.

21. *Ibid.*, 5.

22. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 115.

LA NOCIÓN DE «CRISTIANO CORRIENTE»

Las características del «ser cristiano» que acabamos de señalar se aprecian con mayor nitidez, y manifiestan en ese sentido más claramente su trasfondo teológico, cuando son vistas a la luz de la noción de «cristiano corriente», importante y frecuente en la enseñanza de S. Josemaría. Aunque el análisis de los nuevos textos que utilizamos no añada algo sustancialmente nuevo, veremos que en realidad ayudan a captar con mayor profundidad las claves de fondo de lo que, en último extremo, tratamos de describir: la identidad del cristiano como *alter Christus, ipse Christus*. La expresión «cristiano corriente», que ahora consideramos, nos sitúa ante el más genuino interlocutor del mensaje espiritual de S. Josemaría. Él mismo, en cierto modo, lo da a entender cuando escribe: «*Quiero hablar siempre de vida diaria y concreta: de la santificación del trabajo, de las relaciones familiares, de la amistad. Si ahí no somos cristianos, ¿dónde lo seremos?*»²³.

En otras palabras suyas, alusivas al inicio del Opus Dei en 1928, se lee: «*Desde hace casi treinta años ha puesto Dios en mi corazón el ansia de hacer comprender a personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio, esta doctrina: que la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, que el Señor nos llama a santificar la tarea corriente, porque ahí está también la perfección cristiana*»²⁴. En tan breve frase se encuentra reflejada la esencia de su mensaje («*la vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios, el Señor nos llama a santificar la tarea corriente*») y perfilada la figura de su destinatario («*personas de cualquier estado, de cualquier condición u oficio*»). Para analizar ordenadamente esos aspectos y continuar aportando materiales de cara a posteriores trabajos dividiremos el estudio en tres apartados: a) características generales de la noción de «cristiano corriente»; b) perfiles más propios de la noción; c) el «cristiano corriente» como *alter Christus, ipse Christus*.

a) *La noción de «cristiano corriente»: características generales*1. *La vida ordinaria, ámbito del seguimiento de Cristo del cristiano corriente*

El perfil espiritual y teológico del «cristiano corriente» que describen esos textos de S. Josemaría, y al que se dirige de manera connatural su enseñanza fundacional, es el de un sincero discípulo de Jesucristo llamado a seguir sus pasos en la vida de cada día y a encontrar, siempre en el ámbito de lo ordinario, el lugar de su acción evangelizadora.

23. *Ibid.*, 36.24. *Ibid.*, 148.

«El cristiano, en su existencia ordinaria y corriente, en los detalles más sencillos, en las circunstancias normales de su jornada habitual, pone en ejercicio la fe, la esperanza y la caridad, por que allí reposa la esencia de la conducta de un alma que cuenta con el auxilio divino; y que, en la práctica de esas virtudes teologales, encuentra la alegría, la fuerza y la serenidad»²⁵.

«En vuestra ocupación profesional, ordinaria y corriente, encontraréis la materia —real, consistente, valiosa— para realizar toda la vida cristiana, para actualizar la gracia que nos viene de Cristo»²⁶.

«En esa tarea profesional vuestra, hecha cara a Dios, se pondrán en juego la fe, la esperanza y la caridad. Sus incidencias, las relaciones y problemas que trae consigo vuestra labor alimentarán vuestra oración»²⁷.

«En los momentos más dispares de la vida, en todas las situaciones, hemos de comportarnos como servidores de Dios, sabiendo que el Señor está con nosotros, que somos hijos suyos»²⁸.

«El esfuerzo para sacar adelante la propia ocupación ordinaria, será ocasión de vivir esa Cruz que es esencial para el cristiano»²⁹.

«Vivís en medio del mundo, compartiendo con los demás hombres, vuestros iguales, afanes, trabajos y alegrías. Todo eso es camino divino. Lo que os pide el Señor es que, en todo momento, obréis como hijos y servidores suyos»³⁰.

¿Qué se deduce de estos pasajes respecto de la noción que analizamos? Se evidencian en ellos las características propias de su singular protagonista, el cristiano que desarrolla su existencia ordinaria, como uno más entre sus iguales, en plena calle, al aire libre, en medio del mundo, en las circunstancias normales de una jornada habitual, en la ocupación profesional, en la propia ocupación ordinaria y corriente. Y en todo eso: en el vivir de cada día, en la calle, en el trabajo, en la familia, en los ratos de diversión, en todas las normales situaciones que conforman su existencia, se sabe hijo de Dios y quiere comportarse como servidor de Dios. Todo eso es para él camino divino, más aún: ahí encuentra la materia para realizar su vida cristiana, para santificarse en el ejercicio de las virtudes tomando sobre sí esa Cruz cotidiana, que es esencial para el cristiano.

25. *Ibid.*, 169.

26. *Ibid.*, 49.

27. *Ibid.*, 49.

28. *Ibid.*, 60.

29. *Ibid.*, 49.

30. *Ibid.*, 60.

2. *La vida ordinaria, ámbito de la misión apostólica del «cristiano corriente»*

De manera semejante e inseparable a cuanto hemos visto en el párrafo anterior, también el apostolado del «cristiano corriente», su participación personal y responsable en la misión salvífica de la Iglesia, que forma teológicamente unidad con su vida espiritual, presenta en la doctrina de S. Josemaría una característica principal: la de desarrollarse *en y a través de* las circunstancias ordinarias.

«El apostolado, esa ansia que come las entrañas del cristiano corriente, no es algo diverso de la tarea de todos los días:

«El apostolado (...) de un cristiano corriente, del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales,

«Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después. ¿Qué cambia entonces?

«En esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes,

«En medio del trabajo, sí; en plena casa, o en mi

se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo»³¹.

es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina»³².

Cambia que en el alma —porque en ella ha entrado Cristo, como subió a la barca de Pedro— se presentan horizontes más amplios, más ambición de servicio, y un deseo irreprímible de anunciar a todas las criaturas las magnalia Dei³³, las cosas maravillosas que hace el Señor, si le dejamos hacer»³⁴.

podremos ayudarles a llegar a Cristo, que nos espera en la orilla del lago»³⁵.

Allí, no fuera de allí, pero con el corazón en Dios. Y entonces nuestras palabras, nuestras acciones —¡hasta nuestras miserias!— desprenderán ese bonus odor

31. ID., *Amigos de Dios*, 264.

32. ID., *Es Cristo que pasa*, 149.

33. *Act* 2, 11.

34. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 264-265.

35. *Ibid.*, 264.

tad de la calle, con todos los problemas que cada día surgen, unos más Christi³⁶, *el buen olor de Cristo, que los demás hombres necesariamente advertirán: he aquí un cristiano*³⁷.

Las circunstancias de la vida cotidiana, ese lugar, por así decir, nativo del «cristiano corriente» (su vida, su casa, sus tareas de todos los días, su trabajo cotidiano, sus deberes, sus relaciones de amistad, etc.), donde es simplemente uno más entre los demás, son también el marco natural de su acción apostólica. Una acción realizada, como acabamos de leer en los párrafos reseñados, a través del trato personal, de la amistad leal y auténtica, con naturalidad, con sencillez, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina. Allí, y no fuera de allí, pero con el corazón en Dios, es donde ese «cristiano corriente», del que habla y al que se dirige S. Josemaría, lleva consigo para los demás el *bonus odor Christi* que desvelará su condición de seguidor de Cristo, y en él al Maestro.

b) *La noción de «cristiano corriente»: perfiles propios*

Junto a las cualidades generales señaladas, la noción de «cristiano corriente» muestra, en la enseñanza de S. Josemaría, otras características más propias o peculiares. Se hallan principalmente en determinadas frases e ideas en las que, por medio de la utilización del verbo en primera persona del plural, o por el uso del pronombre nosotros, el propio Fundador se enumera entre los destinatarios del mensaje fundacional. Esta auto-inclusión pone de relieve que el «cristiano corriente» ahí contemplado, con quien S. Josemaría puede identificarse, es el llamado como él a santificarse conforme al espíritu del Opus Dei. Pero manifiesta también que, en esos pasajes del «nosotros», la expresión «cristiano corriente» es aplicable tanto a fieles laicos como a sacerdotes seculares. Este es un punto interesante: también el sacerdote secular es básicamente considerado, a efectos de la doctrina de santificación personal que se está transmitiendo, como un cristiano más en medio del mundo, llamado a santificarse a través de las circunstancias ordinarias de su existencia —en su caso, existencia sacerdotal—, y a desarrollar en ellas su acción apostólica personal, indisolublemente ligada en su caso a la condición ministerial. Veamos a modo de ejemplo algunos pasajes:

36. *2 Co* 2, 15.

37. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 271.

«Somos nosotros hombres de la calle, cristia - y el Señor nos quiere santos, apostólicos, nos corrientes, metidos en el torrente circula - torio de la sociedad, precisamente en medio de nuestro trabajo profesional, es decir, santificándonos en esa tarea, santificando esa tarea y ayudando a que los demás se santifiquen con esa ta - rea»³⁸.

«Somos cristianos corrientes; trabajamos en profesiones muy diversas; nuestra actividad entera transcurre por los carriles ordinarios; todo se desarrolla con un ritmo previsible. Los días parecen iguales, incluso monóto - nos...

Pues, bien: ese plan, aparentemente tan co - mún, tiene un valor divino; es algo que in - teresa a Dios, porque Cristo quiere encarnarse en nuestro quehacer, animar desde dentro hasta las acciones más humildes. (...) A Cristo le interesa ese trabajo que de - bemos realizar —una y mil veces— en la oficina, en la fábrica, en el taller, en la es - cuela, en el campo, en el ejercicio de la pro - fesión manual o intelectual: le interesa también el escondido sacrificio que supone el no derramar, en los demás, la hiel del propio mal humor»³⁹.

«Tú y yo somos cristianos, pero a la vez, y sin solución de continuidad, ciudadanos y tra - bajadores, con unas obligaciones claras que hemos de cumplir de un modo ejemplar, si de veras queremos santificarnos.

Es Jesucristo el que nos apremia (...). Por eso suelo repetir a los que se incorporan al Opus Dei, y mi afirmación vale para todos los que me escucháis: ¡qué me importa que me digan que fulanito es buen hijo mío —un buen cristiano—, pero un mal zapa - tero! Si no se esfuerza en aprender bien su oficio, o en ejecutarlo con esmero, no podrá santificarlo ni ofrecérselo al Señor; y la san - tificación del trabajo ordinario constituye como el quicio de la verdadera espirituali - dad para los que —inmersos en las realida - des temporales— estamos decididos a tratar a Dios»⁴⁰.

«Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia huma - na, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. (...) debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los trein - ta años de oscuridad, que constituyen la ma - yor parte del paso de Jesús entre sus herma - nos los hombres.

Años de sombra, pero para nosotros claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una autén - ca proyección. Porque somos cristianos co - rrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo»⁴¹.

38. *Ibid.*, 120.

39. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 174.

40. *Id.*, *Amigos de Dios*, 61.

41. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 14.

«Al comportarnos con normalidad —como no hacemos más que seguir el ejemplo de nuestros iguales— y con sentido sobrenatural - Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre»⁴².

¿Quiénes son, en síntesis, esos «cristianos corrientes», a los que de manera más específica se refiere S. Josemaría, incluyéndose él mismo entre ellos? ¿Cuáles las notas propias de la noción considerada desde esta singular perspectiva? Son («*somos*» dirá el Fundador) cristianos que quieren santificarse de veras. Y a la vez, sin solución de continuidad, ciudadanos y trabajadores insertos en ese lugar connatural de la persona corriente, que S. Josemaría denomina, con una frase propia y profunda: «*el torrente circulatorio de la sociedad*». Cristianos que han asumido la obligación de ser ejemplares a través de la normalidad de la vida ordinaria, llena de sentido sobrenatural, desarrollada bajo la luz y el modelo de la vida humana de Cristo, en sus treinta años de vida cotidiana en Nazaret, vida en la que rige ya también la ley de la plena donación, es decir, la ley de la Cruz salvadora. Cristianos, en fin, que se saben llamados por Dios a ser santos y apostólicos, precisamente en medio del trabajo profesional; cristianos para quienes la santificación del trabajo de cada día constituye como el quicio de la verdadera espiritualidad, por lo que se esfuerzan sinceramente en santificar esa tarea, santificándose en ella y colaborando a través de ella en la santificación de los demás. Tales rasgos expresan notas esenciales de la específica llamada a encarnar el espíritu del Opus Dei, y vamos a encontrarlas de nuevo, vistas ahora en un plano más profundo, en los textos del siguiente apartado.

c) *El «cristiano corriente» como «alter Christus», «ipse Christus», en quien Cristo sigue pasando entre los hombres*

Las expresiones *alter Christus* e *ipse Christus* aluden en la doctrina espiritual de S. Josemaría, como ya ha sido indicado, a la participación del cristiano en el misterio de Cristo y al progresivo crecimiento en la configuración con Él. Desde una perspectiva más propia tales expresiones iluminan la figura del «cristiano corriente», como persona plenamente identificada con las exigencias de la fe, fiel discípulo del Maestro bajo la fuerza y el impulso de una peculiar llamada personal.

El contenido cristológico de ambas expresiones es idéntico, pues se apoyan y se alimentan en el misterio del mismo y único *Christus*. Así, pues, la distinción entre una y otra expresión no ha de buscarse en una hipotética distinción de aspectos en Cristo, sino en lo que cada una dice del cristiano en el

42. ID., *Amigos de Dios*, 121.

p proceso de configuración con quien es, en inseparable unidad, Hijo de Dios encarnado y Redentor del hombre. En ese sentido, si *alter Christus* centra la atención en el punto de partida de dicho proceso (la asimilación bautismal con Cristo), *ipse Christus* la dirige más bien hacia su meta (la participación en la eficacia salvífica de Cristo). El *alter Christus* es el bautizado, hijo adoptivo de Dios, guiado por el Espíritu Santo hacia una progresiva perfección en la semejanza con el Redentor, activo y responsable colaborador en dicho proceso de identificación. El *ipse Christus*, en continuidad con tales notas, es ese mismo cristiano, visto ahora no sólo como sujeto del proceso sino como partícipe ya, en cada etapa de su existir, de la meta final: la eficacia apostólica. Quien por cristiano es ya «otro Cristo», está siendo también, en la unidad de su vocación y misión, «el mismo Cristo»: un efectivo partícipe de la eficacia salvífica del Redentor, al que hace presente, por medio de la gracia, entre los hombres.

En el ejercicio por parte del *alter Christus* de su función apostólica se actualiza la eficacia redentora de Cristo: la acción del Redentor se hace presente, por la fuerza del Espíritu Santo, en la del comedentor. Cristo sigue así «pasando» entre los hombres, con su potencia redentora, a través del «cristiano corriente», que es verdaderamente «otro Cristo, el mismo Cristo». A esta luz fundacional, fuente de su pensamiento teológico, vuelve una y otra vez S. Josemaría. Así lo prueba, por ejemplo, el título de uno de sus libros más conocidos: *Es Cristo que pasa*, sobre el que estamos basando en buena medida nuestros análisis. Cristo sigue pasando entre sus discípulos y, a través de ellos, entre todos los hombres, trayendo consigo su salvación. Analizamos a continuación, más de cerca, algunos aspectos de esa enseñanza fundacional.

1. *El pasar salvífico de Cristo entre los hombres durante su vida terrena*

El pasar terreno de Cristo al que se orienta—no exclusivamente pero sí más intensamente— la mirada de S. Josemaría en relación con la iluminación divina que recibió, es el de sus treinta años de vida en Nazaret. Años de silencio, «*de oscuridad*», pero admirablemente reveladores cuando se contemplan de cerca de una existencia humana santa y santificadora, llena de naturalidad, en la que se nos da a conocer el camino que conduce al Padre: el camino de los hijos de Dios.

«Es muy importante —perdonad mi insistencia— descubrir, con El, cómo se puede dar observar los pasos del Mesías, por relieve sobrenatural a las actividades aparentemente más pequeñas; aprenderemos a llevar al Padre. vivir cada instante con vibración de eterni -

dad, y comprenderemos con mayor hondura que la criatura necesita esos tiempos de conversación íntima con Dios»⁴³.

«Deseo insistir en la necesidad de que vos - *El ejemplo de Jesús, todo el paso de Cristo otros y yo (...) volvamos a percibir, de una manera más honda y a la vez más inmedia - por aquellos lugares de oriente, nos ayu - dan a penetrarnos de esa verdad»⁴⁴.*
ta, nuestra condición de hijos de Dios.

«Fijaos en que toda su vida está llena de na - *A mí, me emociona esta norma de con - turalidad. (...) No había en Jesús ningún in - ducta de nuestro Maestro, que pasa como dicio extravagante.* - *uno más entre los hombres»⁴⁵.*

«Pertransiit beneficiando. *¿Qué hizo Jesucristo para derramar tanto bien, y sólo bien, por donde quiera que pasó?»⁴⁶.*

«Debemos llenarnos siempre de admiración *que constituyen la mayor parte del paso de a pensar en los treinta años de oscuridad, Jesús entre sus hermanos los hombres»⁴⁷.*

«Jesús que pasa. Con frecuencia me he mara - *Jesús pasa y se da cuenta en seguida del villado ante esta forma sencilla de relatar la dolor»⁴⁸.*
clemencia divina.

«Iban aquellos dos discípulos hacia Emaús. *(...) Camino de Emaús. Nuestro Dios ha Su paso era normal, como el de tantos otros llenado de dulzura este nombre. Y Emaús que transitaban por aquel paraje. Y allí, con es el mundo entero, porque el Señor ha naturalidad, se les aparece Jesús, y anda con abierto los caminos divinos de la tierra»⁴⁹.*
ellos, con una conversación que disminuye la fatiga. (...) Jesús, en el camino. ¡Señor, qué grande eres siempre!

El pasar terreno del Hijo de Dios —Jesús en el diario afán de su vida terrena llena de sencillez y naturalidad, como uno más entre los hijos de los hombres—, revela a los cuatro vientos que con Él «*se han abierto los caminos divinos de la tierra*». La actividad cotidiana, desde la más alta a la aparentemente más pequeña, puede estar llena de relieve sobrenatural. Cada instante del tiempo de los hombres ha adquirido, al ser asumido por el Hijo de Dios, «*vibración de eternidad*». Cristo ha pasado en su vida terrena —los ojos de S. Josemaría contemplan con fuerza esa clave evangélica— derramando bienes,

43. *Ibid.*, 239.

44. *Ibid.*, 143.

45. *Ibid.*, 121.

46. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 17.

47. *Ibid.*, 14.

48. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 67.

49. *Id.*, *Amigos de Dios*, 313-315.

más aún, haciendo sólo el bien: sirviendo, amando con obras, comprendiendo, haciéndose cargo del dolor de los demás, manifestando la clemencia y la misericordia del Padre. Esas y otras luces continuaban brillando en su pasar de ahora mismo entre quienes le siguen y, por medio de ellos, *alter Christus, ipse Christus*, entre los hombres que pueblan los caminos de la tierra.

2. *El pasar de Cristo entre los hombres a través del «alter Christus», «ipse Christus»*

La presencia viva y actual de Cristo en medio de los suyos y, con ellos, entre todos los hombres, es algo muy real ante la mirada del Fundador, que insiste en afirmar que pasa «a nuestro lado», «a tu vera». Le gusta indicar que pasa sin ruido, *quasi in occulto*, y sin llamar la atención, haciéndose presente en las encrucijadas «aparentemente más vulgares». Pero al pasar va convocando de manera personal y concreta, con llamada particular, a numerosos hombres y mujeres, cristianos corrientes «como vosotros y como yo», dirá S. Josemaría, a los que invita a «una gran mudanza» y a seguir lealmente sus pasos, abrazando su cruz cotidiana. El pasar de Jesús entre los suyos es contemplado por S. Josemaría como una realidad callada y sencilla de vida ordinaria, pero completamente llena de la dicha de mirarse en Cristo aprendiendo de Él «*detalles y actitudes*», siendo junto a Él almas contemplativas en medio de la calle, del trabajo, del diario quehacer.

«Para ser ipse Christus hay que mirarse en Él. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz»⁵⁰.

«El Señor ha pasado a nuestro lado, nos ha mirado con cariño y nos ha llamado con su vocación santa (2 Tim 1, 9)»⁵¹.

«Jesús pasa a nuestro lado y espera de nosotros —hoy, ahora— una gran mudanza»⁵².

«Siempre Cristo, que pasa! Cristo, que sigue pasando por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos, los cristianos»⁵³.

«Nuestra vida interior no encierra más es - es Cristo que pasa quasi in occulto (cfr. Iob VII, 10)»⁵⁴.

50. ID., *Es Cristo que pasa*, 107.

51. ID., *Amigos de Dios*, 132.

52. ID., *Es Cristo que pasa*, 59.

53. *Ibid.*, 71.

54. ID., *Amigos de Dios*, 153.

«La meta que os propongo —mejor, la que nos señala Dios a todos— no es un espejismo o un ideal inalcanzable: podría relataros tantos ejemplos concretos de mujeres y hombres de la calle, como vosotros y como yo,

«Disponernos a ser almas contemplativas, en medio de la calle, del trabajo, con una conversación continua con nuestro Dios, que no debe decaer a lo largo del día.

que han encontrado a Jesús que pasa quasi in occulto (Iob VII, 10) por las encrucijadas aparentemente más vulgares, y se han decidido a seguirle, abrazados con amor a la cruz de cada día (cfr. Mt XVI, 24)»⁵⁵.

Si pretendemos seguir lealmente los pasos del Maestro, ese es el único camino»⁵⁶.

En la vida junto a Cristo y en Cristo del *alter Christus*, *ipse Christus* la raíz de fondo es fácil de expresar si se contempla desde la perspectiva cristocéntrica de S. Josemaría: «*Nuestra vida interior no encierra más espectáculo que ése: es Cristo que pasa quasi in occulto*». En el «*mirarse en Cristo*» del *ipse Christus* radica la fuerza, la serenidad, la paz de la que tiene necesidad para participar eficazmente en la misión de renovar entre los hombres el mensaje del Evangelio. Porque, en efecto, Cristo quiere seguir pasando «*por las calles y por las plazas del mundo, a través de sus discípulos*», llamados a «*desarrollar una gran siembra de paz*» en el seno mismo de la sociedad: «*en los caminos humanos de la familia, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso*». En esas circunstancias del mundo real, de la vida de cada día, en ese saber salir al paso de las necesidades de los hombres, Cristo llama al *alter Christus* convocándole a una sincera búsqueda de la santidad.

3. *El paso de Cristo a través del cristiano como «siembra de paz y de alegría»*

Con la frase: «*una siembra de paz y de alegría*», o con la fórmula paralela «*sembradores de paz y de alegría*», alude a veces S. Josemaría a la naturaleza del apostolado de los cristianos, contemplado a la luz de su espíritu fundacional. Esa acción apostólica realizada en medio de la sociedad, dotada de una inmensa capacidad de inspiración e influjo cristiano ante los problemas de la vida de las personas y de la vida en común, «*no es un programa político, ni una alternativa cultural*» sino un prolongarse, un hacerse participativamente presente la acción salvífica de Jesús por medio del *alter Christus*. Cabe expresarla, sencillamente, siguiendo el ejemplo de Jesús, como «*difusión de bien, contagio del deseo de amar*»⁵⁷, que se deja percibir en sus efectos, como son, entre otros,

55. *Ibid.*, 4.

56. *Ibid.*, 238.

57. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 124.

58. *Ibid.*, 124.

éstos: «*más justicia, más comprensión, más respeto del hombre por el hombre*»⁵⁸.

He aquí algunos pasajes alusivos:
«*Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima.*

«*En nombre de ese amor victorioso de Cristo, los cristianos debemos lanzarnos por todos los caminos de la tierra, para ser sembradores de paz y de alegría con nuestra palabra y con nuestras obras.*

«*A esto hemos sido llamados los cristianos, ésa es nuestra tarea apostólica y el afán que nos debe comer el alma:*

«*Como Cristo pasó haciendo el bien (Act X, 38) por todos los caminos de Palestina,*

«*Nosotros, sin portentos espectaculares, con normalidad de ordinaria vida cristiana, con una siembra de paz y de alegría,*

«*El espíritu de comprensión es muestra de la caridad cristiana del buen hijo de Dios:*

Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama»⁵⁹.

Hemos de luchar —lucha de paz— contra el mal, contra la injusticia, contra el pecado, para proclamar así que la actual condición humana no es la definitiva; que el amor de Dios, manifestado en el Corazón de Cristo, alcanzará el glorioso triunfo espiritual de los hombres»⁶⁰.

lograr que sea realidad el reino de Cristo, que no haya más odios ni más crueldades, que extendamos en la tierra el bálsamo fuerte y pacífico del amor»⁶¹.

vosotros en los caminos humanos de la familia, de la sociedad civil, de las relaciones del quehacer profesional ordinario, de la cultura y del descanso, tenéis que desarrollar también una gran siembra de paz»⁶².

hemos de destruir también muchos ídolos: el de la incompreensión, el de la injusticia, el de la ignorancia, el de la pretendida suficiencia humana que vuelve arrogante la espalda a Dios»⁶³.

porque el Señor nos quiere por todos los caminos rectos de la tierra, para extender la semilla de la fraternidad —no de la cizaña—, de la disculpa, del perdón, de la caridad, de la paz. No os sintáis nunca

59. *Ibid.*, 122.

60. *Ibid.*, 168.

61. *Ibid.*, 183.

62. *Ibid.*, 166.

63. *Id.*, *Amigos de Dios*, 105.

64. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 124.

«Paz, verdad, unidad, justicia. ¡Qué difícil parece a veces la tarea de superar las barreras, que impiden la convivencia humana! enemigos de nadie»⁶⁴.

Y, sin embargo, los cristianos estamos llamados a realizar ese gran milagro de la fraternidad: conseguir, con la gracia de Dios, que los hombres se traten cristianamente, llevando los unos las cargas de los otros (Gal VI, 2), viviendo el mandamiento del Amor, que es vínculo de la perfección y resumen de la ley (cfr. Col III, 14 y Rom XIII, 10)⁶⁵.

Realizar «una gran siembra de paz». Tal es el compromiso que, «con normalidad de vida cristiana» («con nuestra palabra y con nuestras obras»), Cristo invita a asumir al *alter Christus*, para que sea efectiva realidad, dentro de las distintas circunstancias históricas, el Reino que ha venido a implantar. Siembra de paz que es también, indefectiblemente, como correlato necesario, siembra de alegría, de comprensión, de disculpa, de perdón, de caridad. Los caminos (las circunstancias humanas) que recorrió el Hijo de Dios hecho hombre y por los que ahora sigue pasando a través de los cristianos son, entonces como ahora, «*todos los caminos rectos de la tierra*», los de la familia, los de la sociedad civil, los de las relaciones profesionales, los de la cultura y el descanso. . . Caminos que piden ser recorridos del mismo modo que Él los recorrió, es decir, cristianamente: con amor de Dios, con sentido de fraternidad, con espíritu de servicio. «*Paz, verdad, unidad, justicia*»: signos de Cristo, señales del Reino, frutos de la Cruz del Redentor, modeladora de las personas y de la sociedad.

LA NOCIÓN DE «VIDA CRISTIANA»

La noción de vida cristiana puede ser considerada desde una perspectiva más formal u objetiva (el existir humano bajo la impronta del ejemplo y la enseñanza de Cristo), o bien desde una perspectiva más centrada en el sujeto que la encarna, es decir, como el vivir del cristiano en Cristo. Son en realidad perspectivas indisociables, pero ofrecen, según se parta de una u otra, un modo diverso de acceder al contenido de la noción. En un caso, se presta atención más inmediata a los contenidos doctrinales; en el otro, a las dimensiones espirituales y morales. En los textos de S. Josemaría que analizamos, textos que han venido a la luz como expresión de un espíritu fundacional en el que se desvela un significado preciso del seguimiento de Cristo y se abre una vía nueva de santificación del cristiano, la noción que ahora estudiamos (así como otras

65. *Ibid*, 157.

análogas, como son las de «existencia cristiana», «fe cristiana», «conducta cristiana», etc.) es contemplada principalmente desde la perspectiva del sujeto, es decir, se concibe ante todo como «vida del cristiano», como existir del cristiano en Cristo. Y más en concreto como el vivir en Cristo del «cristiano corriente», *alter Christus, ipse Christus*.

En continuidad con lo desarrollado en páginas anteriores, organizamos el examen de la noción en diversos apartados, que son: a) raíces y perfiles cristológicos; b) características generales; c) notas propias.

a) *Vida cristiana: raíces y perfiles cristológicos*

La *vida del cristiano*, su gradual caminar por la vía del seguimiento, imitación e identificación con Cristo, se encuentra enraizada en la conformación bautismal obrada por el Espíritu Santo y se despliega a través de las acciones sobrenaturales del sujeto. Muestra perfiles manifiestamente cristológicos. Y cuando es observada a la luz de la doctrina espiritual de S. Josemaría, quedan resaltados en dichos perfiles los singulares trazos cristocéntricos de su espíritu fundacional. Así se aprecia, por ejemplo,

... además una debilidad particular por sus treinta años de existencia oculta en Belén, en Egipto y en Nazaret. Ese tiempo —largo— del que apenas se habla en el Evangelio, aparece desprovisto de significado propio a los ojos de quien lo considera con superficialidad.

«El cristiano debe (...) vivir

«Fue así como vivieron aquellos primeros, y como debemos vivir nosotros: la meditación de la doctrina de la fe hasta hacerla propia, el encuentro con Cristo en la Eucaristía, el diálogo personal —la oración sin anonima-

Y, sin embargo, siempre he sostenido que ese silencio sobre la biografía del Maestro es bien elocuente, y encierra lecciones de maravilla para los cristianos. Fueron años intensos de trabajo y de oración, en los que Jesucristo llevó una vida corriente—como la nuestra, si queremos—, divina y humana a la vez; en aquel sencillo e ignorado taller de artesano, como después ante la muchedumbre todo lo cumplió a la perfección»⁶⁶.

según la vida de Cristo, haciendo suyos los sentimientos de Cristo, de manera que pueda exclamar con San Pablo, non vivo ego, vivit vero in me Christus (Gal II, 20), no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí»⁶⁷.

Si eso falta, habrá tal vez reflexión erudita, actividad más o menos intensa, devociones y prácticas. Pero no habrá auténti-

66. ID., *Amigos de Dios*, 56.

67. ID., *Es Cristo que pasa*, 103.

*to— cara a cara con Dios, han de constituir - ca existencia cristiana, porque faltará la
como la substancia última de nuestra con - compenetración con Cristo, la participa -
ducta. ción real y vivida en la obra divina de la
salvación»⁶⁸.*

«Vivir según la vida de Cristo», y en ese sentido conducir una «auténtica existencia cristiana», significa para S. Josemaría, leído en la brevedad de los textos reseñados, compenetrarse con Jesucristo, hacer propios sus sentimientos, que —necesariamente filiales— giran en torno a la glorificación del Padre y a la salvación de los hombres, y donde todo se cumple con perfección. Vivir, pues, según la vida de Cristo quiere decir llevar una existencia corriente de trabajo y oración, fundada en el encuentro personal con Él: «meditación de la doctrina de la fe hasta hacerla propia, encuentro con Cristo en la Eucaristía, diálogo personal con Dios». Una vida, en fin, entendida como «participación real en la obra divina de la salvación». Ya estas primeras notas, ínsitas en sus raíces cristológicas, muestran la hondura teológica y espiritual de la noción de *vida cristiana*.

Tratemos ahora de mirar más de cerca sus características, que presentan al igual que las nociones hasta ahora estudiadas, un doble acceso, según se consideren en los textos los elementos comunes o los elementos más peculiares o propios.

b) *Vida del cristiano: elementos comunes*

Como se verá en los pasajes reseñados a continuación, para S. Josemaría la «*vida cristiana*» en general —el vivir del cristiano en Cristo— no es concebible como algo separado o diverso de la vida humana. «*Vivir en cristiano no es dejar de ser hombres*». «*Vivir en cristiano*» es, por el contrario, desenvolverse como uno más, como hombre entre hombres, pero con la mirada en el ejemplo de Cristo, edificando la propia existencia sobre el fundamento de «*una amistad constante con Jesús en la Palabra y en el Pan*», buscando en todo la cercanía del Señor «*en un empeño diario de imitarle a Él*».

ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes que algunos tienen, aun sin conocer a Cristo.

El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere —insisto— muy humanos y muy divinos, con el empeño diario de imitarle a Él, que es perfectus Deus, perfectus homo»⁶⁹.

«(El Señor) espera de nosotros, los cristianos, que vivamos de tal manera

68. *Ibid.*, 134.

69. *Id.*, *Amigos de Dios*, 75.

«La vida del cristiano

que quienes nos traten, por encima de nuestras propias miserias, errores y deficiencias, adviertan el eco del drama de amor del Calvario. Todo lo que tenemos lo hemos recibido de Dios, para ser sal que sazone, luz que lleve a los hombres la nueva alegre de que El es un Padre que ama sin medida»⁷⁰.

«La fe cristiana no achica el ánimo, ni cerceña los impulsos nobles del alma, puesto que los agranda, al revelar su verdadero y más auténtico sentido:

es milicia, guerra, una hermosísima guerra de paz, que en nada coincide con las empresas bélicas humanas, porque se inspiran en la división y muchas veces en los odios, y la guerra de los hijos de Dios contra el propio egoísmo, se basa en la unidad y en el amor»⁷¹.

«La fe cristiana

no estamos destinados a una felicidad cualquiera, porque hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres»⁷².

«No comprendo cómo se puede vivir cristianamente

es lo más opuesto al conformismo, o a la falta de actividad y de energía interiores»⁷³.

«La vida cristiana

sin sentir la necesidad de una amistad constante con Jesús en la Palabra y en el Pan, en la oración y en la Eucaristía»⁷⁴.

«La virtud cristiana (...)

deber ser vida de oración constante, procurando estar en la presencia del Señor de la mañana a la noche y de la noche a la mañana»⁷⁵.

nos empuja a mostrarnos agradecidos, afables, generosos; a comportarnos como amigos leales y honrados, tanto en los tiempos buenos como en la adversidad; a ser cum -

70. ID., *Es Cristo que pasa*, 100.

71. *Ibid.*, 76.

72. *Ibid.*, 133.

73. *Ibid.*, 42.

74. *Ibid.*, 154.

75. *Ibid.*, 116.

«Urge que los cristianos nos convenzamos bien de esta realidad: no marchamos cerca del Señor, cuando no sabemos privarnos espontáneamente de tantas cosas que reclaman el capricho, la vanidad, el regalo, el interés...

plidores de las leyes y respetuosos con las autoridades legítimas; a rectificar con alegría, cuando advertimos que nos hemos equivocado al afrontar una cuestión. Sobre todo, si somos justos, nos atendremos a nuestros compromisos profesionales, familiares, sociales..., sin aspavientos ni pregones, trabajando con empeño y ejercitando nuestros derechos, que son también deberes»⁷⁶.

No debe pasar una jornada sin que la hayas condimentado con la gracia y la sal de la mortificación»⁷⁷.

La auténtica existencia del cristiano debe alzarse sobre el entramado de la fe, la esperanza y la caridad, viviendo de tal manera que —y aquí S. Josemaría abre un horizonte de inmensa profundidad— «*quienes nos traten (...) adviertan el eco del drama de amor del Calvario*», es decir, el desvelarse ante ellos a través de las obras del cristiano de la inmensa misericordia paterna de Dios, de su amor sin medida. La vida así vivida es —sobre la base de la oración, de la sal de la mortificación— «*milicia, guerra, una hermosísima guerra de paz, (...) la guerra de los hijos de Dios*», llena de sentido humano y sobrenatural en íntima compenetración: una vida alegre, llena de agradecimiento, fundada en la generosidad y en la justicia, opuesta al conformismo, activamente apostólica..., y sobre todo, una vida corriente, «*sin aspavientos ni pregones*». La fe cristiana desvela, pues, el «*verdadero y más auténtico sentido*» de los impulsos del alma humana al enseñarnos que estamos llamados a la intimidad de la comunión trinitaria: «*llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo*». Esa es la verdadera luz del «*vivir en cristiano*».

c) *Vida cristiana: elementos propios, como vida del «alter Christus», «ipse Christus»*

Cuando el cristiano, por una llamada personal de Dios aceptada con libertad y responsabilidad, se sabe *alter Christus*, *ipse Christus*, y se esfuerza por vivir en su vida cotidiana de acuerdo con tal condición, las notas comunes de

76. ID., *Amigos de Dios*, 169.

77. *Ibid.*, 129.

la *«Dada los cristianos»* brillan con el glorioso esplendor. Al mismo tiempo aparecen en ellos los reflejos de la existencia santa y santificadora del Modelo. *«Petir sin descanso, para las almas generosas que se decidan a traducirlo en obras, aquel grito de Cristo:*

«Recordar a un cristiano que su vida no tiene otro sentido que el de obedecer a la voluntad de Dios, no es separarle de los demás hombres.

«La gran tarea que a cada uno de los cristianos ha sido encomendada por el Maestro

«Conocer a Jesús, por tanto, es darnos cuenta de que nuestra vida no puede vivirse con otro sentido

«Cristo me dice y te dice que nos necesita,

«No soportamos los cristianos una doble vida:

«Cuando la fe vibra en el alma, se descubre, en cambio, que los pasos del cristiano no se separan de la misma vida humana corriente y habitual.

en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros (Iob XIII, 35). Nos conocerán precisamente en eso, porque la caridad es el punto de arranque de cualquier actividad de un cristiano»⁷⁸.

Al contrario, en muchos casos el mandamiento recibido del Señor (cfr. Iob XIII, 34-35) es que nos amemos los unos a los otros como El nos ha amado viviendo junto a los demás e igual que los demás, entregándonos a servir al Señor en el mundo, para dar a conocer mejor a todas las almas el amor de Dios: para decirles que se han abierto los caminos divinos de la tierra»⁷⁹.

(es) la de considerarnos y la de portarnos como instrumentos suyos, para corredimir con El; la de consumir nuestra vida entera, en ese sacrificio gozoso de entregarnos por el bien de las almas»⁸⁰.

que con el de entregarnos al servicio de los demás. Un cristiano no puede detenerse sólo en problemas personales, ya que ha de vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas»⁸¹.

nos urge a una vida cristiana sin composiciones, a una vida de entrega, de trabajo, de alegría»⁸².

mantenemos una unidad de vida, sencilla y fuerte en la que se fundan y compenetrarán todas nuestras acciones»⁸³.

78. *Ibid.*, 43.

79. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 21.

80. *Id.*, *Amigos de Dios*, 49.

81. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 145.

82. *Ibid.*, 18.

83. *Ibid.*, 126.

84. *Id.*, *Amigos de Dios*, 312.

«Equivocaríamos el camino si nos desenten - Y que esta santidad grande, que Dios nos diéramos de los afanes temporales: ahí os es - reclama, se encierra aquí y ahora, en las pera también el Señor; estad ciertos de que a través de las circunstancias de la vida ordi - naria, ordenadas o permitidas por la Provi - dencia en su sabiduría infinita, los hombres hemos de acercarnos a Dios.

«No me olvidéis que estáis también en pre - sencia de los hombres, y que esperan de vos - otros —de ti!— un testimonio cristiano.

No lograremos ese fin si no tendemos a ter - minar bien nuestra tarea; si no persevera - mos en el empuje del trabajo comenzado con ilusión humana y sobrenatural; si no desempeñamos nuestro oficio como el me - jor y si es posible —pienso que si tú verda - deramente quieres, lo será— mejor que el mejor, porque usaremos todos los medios terrenos honrados y los espirituales necesa - rios, para ofrecer a Nuestro Señor una la - bor primorosa, acabada como una filigra - na, cabal»⁸⁴.

Por eso, en la ocupación profesional, en lo humano, hemos de obrar de tal manera que no podamos sentir vergüenza si nos ve trabajar quien nos conoce y nos ama, ni le demos motivo para que sonroje. (...) Os aseguro que, si no me perdéis el punto de mira sobrenatural, coronaréis vuestra ta - rea, acabaréis vuestra catedral, hasta colo - car la última piedra»⁸⁶.

En la vida cristiana del *alter Christus* se advierte con nueva fuerza el sentido de la filiación divina y el deseo de «comportarse como hijo del Padre»⁸⁷, desarrollando sobre el fundamento de la caridad —«punto de arranque de cual - quier actividad» de los discípulos de Cristo— una existencia cristiana «sin componendas», centrada en «obedecer a la voluntad de Dios». La «vida del cris - tiano» entendida como «vida de entrega, de trabajo, de alegría» recibe un contenido particular, de gran importancia en el mensaje espiritual de S. Josema - ría, que ha quedado fijado por medio de la expresión: «unidad de vida», característica de ese modo de santificarse y de santificar propio de la existencia del *alter Christus*, *ipse Christus*.

La describe como «unidad de vida, sencilla y fuerte en la que se fundan y compenetrán todas nuestras acciones». Se trata de una noción que expresa la profunda articulación de las distintas facetas de la existencia del cristiano, en donde la fe vivida configura las realidades humanas en comunión con Dios, bajo el impulso de la caridad y del amor a la verdad. Me rœd a la «unidad de

85. *Ibid.*, 63.

86. *Ibid.*, 66.

87. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 8.

vida, sabiéndose y aceptándose a sí mismo en cuanto llamado por Gristo «*como instrumento suyo, para corredimir con Él*», intenta el cristiano conducirse en todo de acuerdo con un íntimo sentido de misión apostólica, con el convencimiento personal de que, habiendo conocido al Señor, «*la vida no puede vivirse con otro sentido*». Bajo la fuerza de ese don correspondido, y dejándose guiar por él, la existencia cotidiana del *alter Christus*, la «*vida corriente y habitual*», adquiere un significado cristológico preciso, que hemos encontrado ya en apartados anteriores, y que con palabras tomadas de los textos recién leídos puede describirse así: «*vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas, viviendo junto a los demás e igual que los demás, entregándonos a servir al Señor en el mundo, para dar a conocer mejor a todas las almas el amor de Dios: para decirles que se han abierto los caminos divinos de la tierra*». Los aspectos de la cotidianidad, la ocupación profesional, todo lo humano se llena bajo ese «*punto de mira sobrenatural*» aportado por la «*unidad de vida*» de un inmenso valor añadido: el valor de una «*santidad grande, que Dios nos reclama, y que se encierra aquí y ahora*» en esas «*cosas pequeñas de cada jornada*», que se convierten en grandes por el amor.

LA NOCIÓN DE «VOCACIÓN CRISTIANA»

La expresión «vocación cristiana» es indicativa en nuestro Autor, como acabamos de indicar, del proceso de llegar a ser y a saberse personalmente cristiano, aceptándose como tal, es decir, aceptando sus consecuencias. Así, pues, la correspondiente noción incluye no sólo la recepción de la gracia bautismal y con ella la adquisición de la condición de cristiano, sino sobre todo la comprensión por parte del bautizado del significado de su fe (seguimiento, imitación e identificación con Cristo), y la decisión de vivir plenamente —y, en ese sentido, vocacionalmente— sus exigencias. Es una noción interdependiente con las ya estudiadas, y homogénea con ellas, asociada también a la carismática intelección por S. Josemaría del misterio re velado de Cr i s t o. Acercándonos a ella desde los textos damos un nuevo paso para encontrar las claves implícitas de su noción de identidad cristiana.

En el contenido de la noción, hablando en términos amplios, se pueden distinguir dos dimensiones o momentos internos, que podemos denominar: a) momento de conversión personal, entendiendo por tal el descubrimiento consciente del don de ser cristiano como llamada personal, que infunde en el sujeto el deseo de seguir a Cristo; y b) momento de plena conciencia vocacional, por el que entendemos el autoconocimiento y aceptación de sí mismo como discípulo de Jesucristo, llamado a la identificación con Él siguiendo un camino específico dentro de la Iglesia. La conjunción de esos elementos y de los diversos matices que acompañan su caracterización permite analizar la noción de vocación cristiana en un determinado autor. En nuestro concreto ám-

bito de estudio, que es la doctrina espiritual de Josemaría Escrivá, «vocación cristiana» o «vocación de cristiano» encierra un significado de totalidad, cuyas principales componentes son la intelección de la existencia personal en cuanto enteramente orientada a la identificación con Cristo; la santificación del trabajo y de todos los deberes ordinarios, así como la búsqueda a través de ellos de la propia santificación y de la santificación de los demás; la conciencia de participar en la misión redentora de Cristo sin salir del lugar que cada uno ocupa en la Iglesia y en la sociedad. El sujeto al que se adecúan perfectamente esas notas de la vocación cristiana es, como hemos de ver, el *alter Christus, ipse Christus*.

Los textos que utilizamos se dirigen en general, como ya ha sido indicado, a cualquier fiel cristiano, pues todos ellos están llamados a alcanzar la plenitud de su vocación bautismal para lo que disponen en la Iglesia de los medios sobrenaturales oportunos. Entre ellos, en particular, los textos citados contemplan a todos aquellos cristianos que, bajo el impulso de la multiforme gracia de Dios, ya han conocido y aceptado en la Iglesia la grandeza de vivir con sentido vocacional su entera existencia, y se esfuerzan en seguir de cerca a Jesucristo. En algunas ocasiones, además, los textos parecen mirar más en concreto a quienes, habiendo recibido la llamada personal al Opus Dei —y siendo, por tanto, sencillamente, fieles cristianos en el Opus Dei—, desarrollan su vocación cristiana bajo la luz y el aliento del espíritu fundacional de S. Josemaría. Unos y otros pasajes resultan necesarios para captar en toda su plenitud doctrinal y pastoral las peculiaridades de la noción de «vocación cristiana» que estamos analizando.

a) *El momento de conversión de la vocación cristiana*

Con el término «conversión» se suele significar en el lenguaje cristiano el proceso —inicial y continuo— fundado en la gracia de transformación personal, indispensable para poder seguir a Cristo: un cambio de la mente y del corazón, fruto de la gracia y de la cooperación del hombre con ella. Cambio interior y, al mismo tiempo, exterior, que esencialmente debe incluir el alejamiento voluntario del pecado (darle la espalda) y la voluntad de acercamiento a Dios (volverse hacia El), para vivir como discípulo de Cristo. En la enseñanza de S. Josemaría la conversión primera, como decisión de esforzarse por vivir enteramente la fe, es contemplada también como preparación e impulso para aceptar libremente la llamada personal y tomar la decisión de seguir plenamente a Cristo. La necesaria y constante renovación de la conversión primera dentro del proceso de la santificación personal (conversión continua, sucesivas conversiones), supone siempre un redescubrimiento del «*En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera —ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se*

de la condición cristiana. Por lo tanto, lo que Dios pide — es importante;

«Acercarse un poco más a El quiere decir estar dispuesto a una nueva conversión, a una nueva rectificación, (...)

«Muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María.

pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón»⁸⁸.

Desde nuestra primera decisión consciente de vivir con integridad la doctrina de Cristo, es seguro que hemos avanzado mucho por el camino de la fidelidad a su Palabra. Sin embargo, ¿no es verdad que quedan aún tantas cosas por hacer?»⁸⁹.

Y así el hacer lo que El os dirá se ha convertido en realidades de amoroso entregamiento, en vocación cristiana que ilumina desde entonces toda nuestra vida personal»⁹⁰.

Teniendo en cuenta que S. Josemaría se está refiriendo en esos textos a personas que ya son cristianas, se podría deducir que la expresión «vocación cristiana» como término de una «*conversión primera*» (a la que han de seguir «*sucesivas conversiones*») significa aquí el hecho de descubrirse uno a sí mismo como cristiano en sentido pleno, personalmente comprometido con Cristo, y aceptar conscientemente serlo (aceptarse como tal). Dicha «conversión» tiene la fisonomía de un gratuito impulso de carácter vocacional, de vocación personal, por medio del cual se entiende y se abraza como vocación personal el seguimiento de Cristo. La «conversión» que aquí se contempla, y que puede ser también formulada como «*decisión de entrega al servicio de Dios*», tiene, pues, una esencial característica de impulso vocacional. Supone el haber advertido «*claramente*» lo que Dios pide y la consiguiente correspondencia. Es interesante que esa realidad de llamada (petición por parte de Dios) y respuesta (amoroso entregamiento por parte del «*convencido*»), sea descrita como «*decisión consciente de vivir con integridad la doctrina de Cristo*», es decir, de ser conscientemente discípulo suyo, y sea expresada, en consecuencia, como «*vocación cristiana*».

88. *Ibid.*, 57.

89. *Ibid.*, 58.

90. *Ibid.*, 149.

b) *El momento de plena conciencia vocacional de la vocación cristiana*

Prestamos ahora atención, por medio de otros textos, a la dimensión vocacional de la existencia del cristiano, descubierta a través de la recepción y puesta en práctica de la mencionada «conversión», entendida ésta como aceptación de una llamada personal dentro de la común condición de fiel cristiano. Tal llamada ilumina el significado propio de los dones sacramentales subyacentes en la vida de quien la recibe (los dones del bautismo, los del Orden, los del matrimonio), y de las obligaciones que comportan, y hace del cristiano así llamado un sujeto particularmente comprometido con las exigencias de su fe. En los siguientes textos, S. Josemaría habla directamente de dicho compromiso personal en términos inequívocos de vocación.

«Un día (...) quizá un amigo, un cristiano corriente igual a ti, te descubrió un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio.»

«Dios nos ha llamado clara e inequívocamente. Como los Reyes Magos, hemos descubierto una estrella, luz y rumbo, en el cielo del alma.»

«(La) vocación sobrenatural, (...) este don que, junto con el de la fe, es el más grande que el Señor puede conceder a una criatura»

«Esta es la vocación del cristiano: la plenitud de esa caridad que es paciente, bienhechora, ... (cfr. 1 Cor XIII, 4-7).»

Me figuro que vosotros, como yo, al pensar en las circunstancias que han acompañado vuestra decisión de esforzaros por vivir enteramente la fe, daréis muchas gracias al Señor, tendréis el convencimiento sincero —sin falsas humildades— de que no hay mérito alguno por nuestra parte»⁹¹.

Te sugirió la posibilidad de empeñarte seriamente en seguir a Cristo, en ser apóstol de apóstoles»⁹².

La meta no es fácil: identificarnos con Cristo. Pero tampoco es difícil, si vivimos como el Señor nos ha enseñado (...). También nosotros advertimos que, poco a poco, en el alma se encendía un nuevo resplandor: el deseo de ser plenamente cristianos; si me permitís la expresión, la ansiedad de tomarnos a Dios en serio»⁹³.

(significa) el afán bien determinado de llegar a la plenitud de la caridad, con el convencimiento de que también es necesaria —y no sólo posible— la santidad en medio de las tareas profesionales, sociales...»⁹⁴.

91. *Ibid.*, 1.

92. *Ibid.*, 1.

93. *Ibid.*, 32.

94. *Ibid.*, 32.

«La vocación cristiana es

La caridad de Cristo no es sólo un buen sentimiento en relación al prójimo; no se para en el gusto por la filantropía. La caridad, infundida por Dios en el alma, transforma desde dentro la inteligencia y la voluntad: fundamenta sobrenaturalmente la amistad y la alegría de obrar el bien»⁹⁵.

vocación de sacrificio, de penitencia, de expiación»⁹⁶.

Aquel impulso de conversión que habíamos encontrado más arriba es denominado ahora, de forma más directa y expresa: *«la vocación que hemos recibido»*, obien la *«vocación sobrenatural»* (como don distinto de la *«vocación cristiana»*, aunque orientado a ésta). Sus elementos constitutivos son patentes: es una llamada clara e inequívoca de Dios, el don más alto junto con el de la fe que Dios concede a una criatura. Sus efectos son formulados como *«principio de nuestra vida cristiana»*, o como *«decisión de esforzarnos por vivir enteramente la fe»*. En ese sentido, la vocación personal es presentada por S. Josemaría como *«un nuevo resplandor: el deseo de ser plenamente cristianos o la ansiedad de tomarnos a Dios en serio»*. Es decir, con sus mismas palabras, consiste en *«empeñarte seriamente en seguir a Cristo, en ser apóstol de apóstoles»*. Es como si, diciéndolo de un modo provisional, la llamada personal fuese como un río cuyas aguas van a desembocar al mar de la *«vocación de cristiano»*, es decir, tuviese como fin el de conducir eficazmente al llamado hacia la *«identificación con Cristo»*. Allí se descubre que dicha identificación (llegar con Cristo a la plenitud de la caridad), significa búsqueda de la santidad. Para S. Josemaría eso quiere decir, sobre todo, santidad *«en medio de las tareas profesionales, sociales»*, y ésta exige transformación interior, espíritu de sacrificio, ejercicio de la caridad, obrar el bien.

Para acabar de comprender del todo esta enseñanza queda por determinar la condición de ese río cuyas aguas desembocan en plenitud de vida cristiana, es decir, conocer las características de la vocación personal a la que, concretamente, se está refiriendo en este contexto nuestro Autor. Analizamos con este fin un nuevo grupo de textos.

c) *La llamada al Opus Dei como vocación personal cristiana*

A partir de los presupuestos anteriores estamos en condiciones de captar

95. *Ibid.*, 71.

96. *Ibid.*, 9.

di versos aspectos de la vocación personal al Opus Dei, a la que S. Josemaría —que utiliza a veces la primera persona del plural, incluyéndose así en el conjunto de los destinatarios— se refiere en algunos de estos textos. Hasta aquí sabemos que esa llamada ha de desembocar —como cualquier otra vocación dentro de la Iglesia— en plenitud de vida cristiana, y que ha de alcanzarse, *como es propio del espíritu del Opus Dei*, en conformidad con las propias circunstancias personales, en la vida de Dios en medio del mundo *no exige que se busquen solamente nuestra santidad personal*. En los textos reseñados a continuación se advierten algunos elementos característicos de esa llamada como plenitud de vocación cristiana.

«El milagro que os pide el Señor es la perseverancia en vuestra vocación cristiana y divina, la santificación del trabajo de cada día: el milagro de convertir la prosa diaria en endecasílabos, en verso heroico, por el amor que ponéis en vuestra ocupación habitual.

*sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura (cfr. Mt XIII, 33) que ha de informar la masa entera (cfr. 1 Cor V, 6)*⁹⁷.

*Abi os espera Dios, de tal manera que seáis almas con sentido de responsabilidad, con afán apostólico, con competencia profesional*⁹⁸.

«Por amor a Dios, por amor a las almas y por corresponder a nuestra vocación de cristianos, hemos de dar ejemplo.

*esa unidad de vida que tiene como nervio la presencia de Dios, Padre Nuestro, puede y debe ser una realidad diaria*⁹⁹.

«La vocación cristiana no nos saca de nuestro sitio,

*Para no escandalizar, para no producir ni la sombra de la sospecha de que los hijos de Dios son flojos o no sirven, para no ser causa de desedificación..., vosotros habéis de esforzaros en ofrecer con vuestra conducta la medida justa, el buen talante de un hombre responsable*¹⁰⁰.

pero exige que abandonemos todo lo que

97. *Ibid.*, 120.

98. *Ibid.*, 50.

99. *Ibid.*, 11.

100. *Id.*, *Amigos de Dios*, 71.

101. *Id.*, *Es Cristo que pasa*, 33.

102. *Ibid.*, 43.

*estorba al querer de Dios*¹⁰¹.

*Su fiesta es, por eso, un buen momento para que todos renovemos nuestra entrega a la vocación de cristianos, que a cada uno de nosotros ha concedido el Señor*¹⁰².

Por su propia naturaleza, la vocación personal del cristiano al que se dirigen los textos puede ser expresada como: «nuestra vocación cristiana», «nuestra vocación de cristianos», «vocación de cristianos, que a cada uno de nosotros ha concedido el Señor». S. Josemaría la llama, con profunda y sencilla claridad: «vuestra vocación cristiana y divina». Cristiana, en efecto, por su sustancia; divina por su específica condición de llamada personal. La denomina también, como hemos leído: «nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo», «llamada personal del Señor, (que) nos lleva a identificarnos con Él». Vocación cristiana, en definitiva, y valga la redundancia, de cristiano en cuanto cristiano, cada uno de los cuales (S. Josemaría escribe «cada uno de nosotros») «ha de ser ipse Christus». Viene descrita como un don sobrenatural que, ante todo, permite comprender a quien lo recibe la grandeza del don de la fe en Cristo, comunicándole asimismo la fuerza para abrazar las exigencias del ser cristiano como tal, es decir, como deber de santificarse y de cooperar en la santificación de los demás. Es un don que descansa sobre el don previo de la fe: un don, por así decir, sobre el don, una gracia personal que enciende la fe y la caridad de la persona llamada actuando como un verdadero impulso catalizador en su decisión de seguir conscientemente a Cristo, de identificarse con su vida y su misión, de entregarse a Él en medio del mundo para santificarlo también con Él. Estamos, pues, ante cristianos corrientes, cuya vocación personal «no les saca de su sitio» sino que, por el contrario, les impulsa «a la santificación del trabajo de cada día: el milagro de convertir la prosa diaria en endecasílabos, en verso heroico», por el amor que ponen en sus ocupaciones habituales.

Conforme al espíritu del Opus Dei, esos cristianos han de empeñarse en ser «almas con sentido de responsabilidad, con afán apostólico, con competencia profesional», personas que se esfuerzan en hacer de la «unidad de vida una realidad diaria». Elemento esencial de su vocación personal es, conforme al espíritu del Opus Dei, la plena secularidad, como sugieren unas palabras reseñadas: «Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura que ha de informar la masa entera».

Estas mismas palabras nos sirven para poner provisionalmente punto final a nuestro estudio sobre la identidad espiritual y teológica del *alter Christus*, *ipse Christus* en S. Josemaría Escrivá. Los textos aportados nos han permitido realizar una aproximación a los significados general y específico de las nociones